

GREGORY CAJINA

DE EMPLEADO A MILLONARIO

Lo que *NO* te enseñaron en la escuela
acerca del dinero y *DEBERÍAS SABER*
para hacerte rico



El contenido de este libro refleja opiniones y reflexiones válidas para el propósito de otorgar una perspectiva adicional en la elección de la carrera profesional individual. No obstante, no pretende ser un manual de asesoramiento financiero, fiscal o empresarial que sustituya el consejo experto que desde aquí se anima a perseguir antes de tomar ninguna decisión que pueda impactar en la situación financiera del lector. El autor declina toda responsabilidad de las decisiones que, por la lectura de este libro, puedan derivarse por parte del lector.

© Gregory Cajina, 2007

Reservados todos los derechos.

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

Ediciones Díaz de Santos

Internet: <http://www.diazdesantos.es>

E-mail: ediciones@diazdesantos.es

ISBN: 84-7978-794-3

Depósito legal: M. 1.496-2007

Diseño de cubierta: Ángel Calvete

Fotocomposición: Fer

Impresión: Edigrafos

Encuadernación: Rústica-Hilo

Printed in Spain - Impreso en España

ACERCA DEL AUTOR

GREGORY CAJINA es Licenciado en Ciencias Empresariales por ICADE en Madrid y B.A. (Hons.) in International Business Administration por MUBS en Londres, donde se especializó en las áreas de Creación de Empresas y Recursos Humanos. Ha trabajado en diez países en tres continentes, realizando proyectos de consultoría estratégica, financiera y de recursos humanos en Bain & Co., Ernst & Young y Deloitte Consulting para clientes como Microsoft, Telefónica, Fiat, Merck, Kaiser, Sanitas, Larcovi, Auchan y la Comisión Europea.

Con veintinueve años era Director de Desarrollo de Recursos Humanos en España del mayor grupo mundial de Educación Superior, donde lideró con éxito la implantación de políticas pioneras en el país en el campo del desarrollo de profesionales... y *donde dependió por última vez de una nómina, para poder alcanzar así su propio éxito financiero.*

En la actualidad, además de su faceta emprendedora e inversora (lo que le da dinero), se dedica a las ocupaciones que más le apasionan (lo que le enriquece): asesor especialista en RRHH y Liderazgo, y *coach* (el primero en España en pasar la valoración internacional de la ICF) experto en la transición de carreras *Empleado-a-Emprendedor.*

En “DE EMPLEADO A MILLONARIO” comparte las mismas claves que le han permitido ayudar a otros, ya *ex-empleados*, a alcanzar también su propio éxito financiero *sin depender de un jefe.*

— € € € € € —

Para ponerse en contacto con él, por favor diríjase directamente a la Editorial o visite <http://www.DeEmpleadoaMillionario.com>

AGRADECIMIENTOS

No es fácil agradecer en tan poco espacio a tantas personas que me han impulsado, sabiéndolo o no, a escribir estas páginas. Gracias a su inspiración, motivación, formación, educación, influencia, ejemplo, tiempo, dedicación, amistad y aprecio he podido disfrutar de la excepcional experiencia de compartir este texto con cada lector a lo largo de estos capítulos. Soy consciente de que dejarme uno solo sin mencionar me va a suponer, lo asumo con deportividad, una opípara cena de desagravio. Si esas son las consecuencias, qué remedio, habré de aceptarlas con mucho gusto.

A mi mujer, en primer lugar, gracias por animarme en la peregrinación a través de estas hojas cuando aún estaban en blanco, a pesar de robarle tantas horas de cada noche y cada fin de semana en los pasados meses. He aprendido tanto gracias a ella, que haría falta un libro entero para recoger mi agradecimiento por tanto bien.

A mis hijas, porque gracias a ellas he podido recordar de primera mano los juegos que dejé atrás hace años y que, aunque nos sorprenda a nosotros, los *serios adultos*, son una de las mejores maneras que nos regala la Naturaleza a través de *esos locos bajitos* para aprender y crecer cada día.

A mi padre, por enseñarme con inmensa paciencia los principios de la sabiduría, la disciplina y la autoridad con el cariño de un compañero de viaje por el mundo. Su empuje fue crucial para que estas páginas vieran la luz.

A mi madre, por entregarme con tanta abundancia los valores de la perseverancia, la responsabilidad y la fe en uno mismo a través de la educación con su propio ejemplo. Nunca pensó que la frase «*hijo, deberías escribir un libro*» fuera a tomármela tan en serio.

A mis hermanos, por el sentido de generosidad, entrega y consejo en los momentos más duros.

A las familias Bresler y Rosenblatt, quienes han desplegado un afecto y consejo que rebosaba desde un lado del Atlántico hasta el otro extremo del Mediterráneo. Creo que pocos libros podrán condensar tanto cariño procedente de tantos miles de kilómetros.

A mis amigos, quienes han sabido compartir conmigo los momentos difíciles en este tiempo sin emitir juicios gratuitos y con quienes he podido celebrar por igual éxitos y sinsabores.

A mis maestros, profesores y educadores, pues un día asumieron con valentía la tremenda misión de educar a tantos niños y jóvenes en cada generación. Aunque en ocasiones este autor no hubiera sabido extraer siempre lo máximo de sus guías, su impronta camina conmigo.

A los tantos jefes que he tenido, ya que gracias a ellos he aprendido, por *acción* u *omisión*, lo vital que es asumir el liderazgo en la vida de uno mismo —como he querido animar a conseguir a lo largo de estas páginas—.

A los expertos y profesionales con los que he tenido el privilegio de trabajar, por su generosidad en su tiempo y sus excepcionales contribuciones al texto y a mi propio crecimiento.

Al equipo de Díaz de Santos, por su paciencia y esfuerzo en facilitar con tanta profesionalidad y cercanía la culminación de este proyecto.

A tantas personas que a lo largo de mi vida me han dicho en alguna ocasión «*no vas a poder*»: gracias a ellas he aprendido que rendirse cuentas a uno mismo cada noche es lo que le otorga sentido a la Vida.

Al Gran Jefe, dondequiera que esté, comoquiera que sea. Algún día confío en salir de dudas sobre el significado de ese Sueño. Gracias por, absolutamente, Todo.

ÍNDICE

Acerca del autor	VII
Agradecimientos	XI
Prefacio	XV
Introducción	XXVII

PARTE I:
ENDEUDADO, ESTRESADO, MAL PAGADO.
Y... CON TÍTULO UNIVERSITARIO
(Pero... ¿cómo he llegado a esto?!)

1. Carrera a ningún sitio	3
2. Educación académica, experiencia y (sin) dinero	21

PARTE II:
HACIA LA LIBERTAD FINANCIERA:
TU DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA
(Pensar riqueza, crear dinero, ser próspero)

3. ¿Quién es rico (<i>de verdad</i>)?	33
4. Otras buenas razones para hacerte rico	41

PARTE III:
¡ROMPE LAS CADENAS!:
EMPIEZA A TRABAJAR... PARA DEJAR DE TRABAJAR
(O sigue aguantando a un jefe toda tu vida)

5. Ser rico o tener dinero	55
6. El peligro de no-hacer-nada	61
7. El ciclo de la Prosperidad Compartida.....	65

PARTE IV:
UN PLAN PARA EMPEZAR
*(O cómo crear más de un tercio de millón de euros
—50.000.000 de pesetas— en apenas 24 meses)*

8. Creando <i>Prosperidad Compartida</i> desde ahora	141
Un Epílogo	153

PREFACIO

HACE UNOS AÑOS

«*Es increíble*», pensé en ese instante. «*Han pasado ya diez años desde que terminamos la universidad y aquí estoy en esta fiesta con mis ex-compañeros de clase, brindando, riendo y escuchando las odiosas comparaciones entre lo lejos y alto que hemos llegado cada uno con respecto a los demás*».

«*Nada*», me dije, «*parece haber cambiado*» desde que hacía más de una década cruzábamos por primera vez la puerta de la facultad.

Observaba cómo mis entonces camaradas de largas noches de estudio —y otras más largas de juerga— intercambiaban, envueltos en sus mejores galas, tarjetas, números de teléfono, bromas y nostalgias de aquella juventud alegre que desconocía el significado de la expresión «*no puedo*».

Una juventud sin obstáculos, hambrienta de mundo, de independencia.

De ambición.

En ese momento, las conversaciones que compartíamos iban animándose por los derroteros del ansiado y escurridizo *éxito*, repasando, como en una especie de examen, los *deberes* que cada uno nos habíamos propuesto (e impuesto) hacía ahora una década:

Los melencólicos de ayer se habían convertido en directores de prestigiosas consultoras de negocio; los bohemios de antaño habían metamorfoseado en vicepresidentes de bancos de inversión; los idealistas regateaban con las finanzas de multinacionales; los soñadores coqueteaban con poderosos accionistas en la Bolsa.

Cada cual parecía haber llegado más alto, más fuerte, más rápido a lo alto de la *escala corporativa* que la persona con la que conversaba.

Muchos decían ser supervisores, directores, gerentes, jefes de algo o *de alguien* en sus respectivas empresas, lo que complicaba la labor de satisfacer, en un grupo tan selecto, el morbo de averiguar quién *mandaba más*.

— € € € € € —

No obstante, no todos estaban allí: faltaban los que no parecían haber tocado el cielo del éxito con los dedos. Al menos, no aún.

No estaban presentes los que permanecían *debajo* de esos jefes, tal vez manteniendo a esas mismas empresas a flote cada día: el vendedor, el consultor, el contable, el administrativo, el analista financiero.

Y, sin embargo, a pesar de las distinciones jerárquicas...

A jefes, contables, directores, analistas y consultores, a todos, nos estaba uniendo en ese momento algo en común.

Algo que estábamos rehusando aceptar.

— € € € € € —

El local estaba cargado por el humo y el calor, y el volumen de la música apenas me permitía conversar con uno de mis ex-cómplices de imprudentes correrías quien, asombrosamente todavía medio sobrio, daba cuenta de su enésima bebida de la noche.

En determinado momento de la velada sentí como si la música fuera atenuándose en la distancia, mientras escuchaba aproximarse otros sonidos... voces susurrantes.

Las mismas voces de los que allí estaban...

... pero que, *esta vez*, contaban historias nuevas, contextos diferentes a los que se habían revivido hasta ese instante.

Ahora cada voz musitaba las *auténticas* realidades de sus vidas... Realidades de las que allí, hasta ese momento, nadie se había atrevido a hablar.

Comencé a oír, difuminadas, las *verdaderas* historias que se habían ocultado en cada una de las conversaciones que había tenido lugar a mi alrededor.

Fue entonces cuando lo comprendí.

— € € € € € —

Les oía susurrar acerca de una realidad ilusoria que les había hipnotizado, nos había narcotizado a todos. Un camino de triunfos y dinero; de riqueza y posición. Un sendero ya trazado y decidido por otros.

La ruta hacia el «Éxito».

Un «Éxito» basado en una especie de «lista de cosas-que-hacer» apenas perceptible, impuesta sutilmente en algún momento dentro de nuestras mentes.

Una lista que, si conseguíamos completar, nos otorgaría un billete al paraíso de ese «Éxito».

Nuestra lista era muy extensa, plena de cosas por conseguir.

Una lista exhaustiva que detallaba las cosas que debíamos adquirir.

Que debíamos comprar. Tener. Poseer.

Todos queríamos ese Éxito...

... Pero aún quedaban muchas de esas cosas por alcanzar.

Y el tiempo se agotaba.



Fui escuchando cómo la historia de cada uno desgranaba los logros en pos de ese éxito. Fábulas en las que se enumeraban, prácticamente en riguroso orden, cada uno de los trofeos que habían conquistado y exponían en sus vitrinas personales:

Una pareja, una hipoteca, cosas para almacenar en la casa de la hipoteca: televisiones de plasma, ordenadores, la Play, cámaras digitales...; un coche familiar, un todoterreno, un hijo, otro hijo, docenas de juguetes para cada uno, una segunda casa, su segunda hipoteca, un perro, el club de golf, una motocicleta, viajes a la Polinesia...



Pero alcanzar ese éxito nos estaba costando un precio muy caro.

Empezaba a adivinar las largas e incontables horas de esfuerzo que cada uno de esos logros había supuesto para ellos —para cada uno de nosotros: los madrugones, las largas horas en la oficina por la noche, los fines de semana con el portátil en casa, las reprimendas de un jefe que siempre parecía estar equivocado —pero que

ostentaba la autoridad de decidir la cantidad de trofeos que podríamos adquirir ese año...—.

Ahí estaban las prisas, las úlceras, los atascos, las discusiones en casa...

La sensación de correr, correr, correr en ningún sentido.

Sin saber si llegaríamos allí antes o después...

O si llegaríamos siquiera.

AYER

Mientras escuchaba esas historias, tantas tan iguales, evocaba la mía propia como si fuera una novela. Un periplo que comenzaría con mi nacimiento en la mejor familia que ningún niño podía pedir: el cargo de mi padre, alto diplomático en Naciones Unidas, facilitaba el que conociera más países que dedos tenía en mis pequeñas manos. Mi madre, aun siendo una de las primeras mujeres de su generación con instrucción universitaria, se dedicó a lo que entonces se denominaba *sus labores*, un eufemismo para expresar que podía disponer del tiempo para cuidar de mí y de mis hermanos.

Ese ambiente nos permitía disfrutar de una casa espléndida en el más exclusivo barrio de aquel remoto país y de un Mercedes a la puerta con un *chofer* dispuesto las 24 horas a trasladar a mi padre o a nosotros adonde fuera necesario. Y, por supuesto, podíamos aprovechar las bondades de un pasaporte que abría las puertas más infranqueables y obligaba a cualquier autoridad a otorgarnos aquella deferencia reservada a muy pocos: a la élite.

Nuestra vida social era envidiable: nos honraban cada semana huéspedes de lujo, éramos invitados a los más selectos actos públicos y sociales y aparecíamos en la prensa nacional junto a altos dignatarios, empresarios, magnates y demás personalidades. Mi propio nacimiento fue objeto de interés del periódico de mayor tirada de la época. Y así es como debían ser las cosas entonces.

En mi primera infancia la vida seguía el curso que yo veía *natural*. Asistí junto a mis hermanos a selectos colegios internacionales cuyos desmesurados honorarios eran satisfechos por el gobierno de aquel país, garantizando así que mi agenda de amigos estuviera colmada siempre por los *hijos de* respetables embajadores, ejecutivos y políticos.

Cuando llegaban las vacaciones, volábamos sobre el Atlántico con la misma facilidad con la que entonces se tomaba el autobús: Suiza, Inglaterra, España... A fin de cuentas, ¿dónde si no se podría esquiar mejor que en los Alpes?

Teníamos la certeza absoluta de que la vida era fabulosamente próspera; la calamidad era algo molesto que se mostraba de vez en cuando por la televisión a la hora de comer —y que tenía fácil solución apagándola—.

Dominábamos, en fin, el idioma más internacional que existe; aquél que todo el planeta comprende:

El del dinero.

Jamás habría sospechado que nada faltaría en nuestras *rosadas* vidas. Porque el dinero, francamente, no había sido nunca un problema.

Hasta que, cuando yo apenas contaba seis años, mi pequeña burbuja estalló.



Recuerdo la radio en aquel lejano país a todo volumen, las noticias retumbando en las paredes de aquella casa, los teléfonos rugiendo frenéticos, los gritos de nerviosismo; mi madre y hermanos mayores haciendo las maletas apresuradamente; mi padre, intentando reunirse con otros dignatarios que, de repente, parecían desvanecerse en el éter.

En mi familia todos comenzamos a sentir el miedo de saber que, ahora, incluso nuestra integridad peligraba; que debíamos marcharnos de ahí para protegernos.

¿Protegernos?

La realidad es que estábamos a merced de algo que ahora parecía dominarnos súbitamente a nosotros. Protegernos de un mundo hasta entonces desconocido para mi familia. Protegernos de las nuevas circunstancias.

Unas circunstancias que creíamos que *ahora* estaban ahí... cuando lo cierto es que

Siempre lo habían estado.

Unas circunstancias que nos arrastraron a afrontar, de la noche a la mañana, un problema que apenas veinticuatro horas antes hubiera sido impensable:

Estábamos en la calle.

No teníamos casa, coche, chofer, servicio doméstico, colegios internacionales, viajes. No teníamos ni siquiera a aquellos amigos que hacía apenas unos días habían almorzado en nuestra casa.

No teníamos *nada*.

Salvo el aturdimiento que tiene el boxeador que, noqueado, se pregunta inconsciente sobre la lona por dónde habrá venido el último golpe.



Pretendimos durante meses que podríamos rehacer nuestra algo donada vida, como si todo hubiera sido una malísima pesadilla. Intentamos reconstruir una vida que, aprendimos muy tarde, *nunca* nos había pertenecido...

Pertenecía en realidad a una entidad sin rostro llamada gobierno, esa especie de *empresa* gigantesca, con cientos de miles de empleados en su infinita plantilla, sujetos a los vaivenes de intereses e intrigas, de poderes y riquezas, de apariencias y engaños.

Una empresa que había cambiado repentinamente, violentamente, *de dueño*. Que había despedido a centenares de sus *altos directivos*, y a quienes les había retirado toda asistencia y protección. Incluyendo a mi padre y a su familia. A nosotros.

Después de ese día, recuerdo a mi padre llamando incansable a las puertas de empresas y organizaciones donde consideraba que podía *encontrar trabajo* para mantener a su familia (¿qué otra cosa podía hacer?) y viéndose rechazado una y otra vez por una inadecuada *sobrecualificación*.

Día tras día tras día.

Mientras tanto, en la ingenuidad de mis ya siete años me comenzaba a percatar que en este mundo parecía haber dos tipos de personas: los que *piden* trabajo, y los que *deciden* darlo.

¿Acaso el mundo era tan simple?

Intuía que había personas que mandaban *mucho* en sus organizaciones y que ostentaban suficiente *poder* como para tener a otras personas trabajando *para ellos*.

«*Si a mi padre no le pueden dar trabajo*» pensé, «*¿por qué no podría él fabricarse su propio trabajo?*».

En mi inocencia no acerté a comprender que, en aquel momento y circunstancia, el mundo nos estaba empujando a *hacer algo nuevo*.

Nos empujaba, precisamente, a *aprender* algo hoy tan necesario, tan inevitable, tan esencial, y tan de *mal gusto* mencionar, como es a Hacer dinero sin un jefe.

MAÑANA

Ya han transcurrido muchos años de aquello, tras los que, poco a poco, fuimos levantando la cabeza *financieramente* para salir adelante.

De alguna manera, casi todo el mundo consigue, casi *siempre*, salir adelante.

No hay otra manera, a fin de cuentas.

¿O acaso sí la hay?



No ha pasado tanto tiempo desde aquel en el que el salario de una sola persona *bastaba* para mantener a una familia entera.

Sin embargo, en la última década, los gastos de cada individuo y cada familia han resultado ser cada año más y mayores, lo que dificulta enormemente el que un asalariado *solo* pueda disfrutar del estilo de vida al que aspira —particularmente teniendo en cuenta que la media salarial en España es de las más bajas de la Unión Europea—.

Asimismo, con la llegada del euro *todas* las facturas, desde el carburante y la electricidad hasta el gas y la educación, han crecido a un ritmo *muy superior* al de los salarios con los que, se supone, se deben sufragar cada uno de esos gastos para poder vivir.

Para el futuro inmediato, nuestro entorno nos está ofreciendo un panorama, además, poco alentador:

- Cada vez hay un mayor número de empresas que despiden masivamente a miles de empleados para trasladarse a lugares donde los procesos de producción son más baratos.
- Los contratos laborales más *deseados*, los *indefinidos*, ofrecen en realidad a los empleados una seguridad *aparente*, pues camuflan fórmulas de *despido libre subvencionado*.

- Los sistemas de pensiones, merced a la demografía y la búsqueda de corrección de desequilibrios sociales, pueden no ser tan sólidos en el futuro como resultaron ser en el pasado.

La conclusión es clara:

Hoy por hoy, (*sólo intentar salir adelante*), es cada vez más insuficiente.

Y peligroso.

Mañana, si seguimos a este ritmo, nos encontraremos con que, para poder *pagar* (comprar, sufragar gastos) lo mismo que *pagamos* hoy...

...será *insuficiente* hacer *lo mismo* que estamos haciendo hoy.

En otras palabras, nos estamos enfrentando a un problema *nuevo* para el que únicamente nos han enseñado a emplear soluciones *anticuadas*.



Einstein decía que para hallar la solución a un problema, necesitamos una perspectiva mental diferente a la que originó el problema en primer lugar.

Antes de continuar, quisiera invitarte a responder a un pequeño *test*:

- ¿Te has sentado alguna vez a pensar, *en profundidad*, sobre tu dinero?
- ¿Trabajas en una empresa *a cambio de* una nómina; a cambio de dinero?
- ¿Consideras que deberías ganar por tu esfuerzo *más dinero* del que ganas cada mes o cada semana?
- ¿Crees que ese dinero *te debería durar* más de un mes?
- ¿Te da la sensación de que cada día trabajas *más*, consigues ahorrar *menos*, y parece encontrarse más lejano todo aquello que siempre quisiste cuando *soñabas llegar a ser rico*?
- ¿Juegas a la lotería en la confianza de que te va a tocar, y sigue sin sonreírte el azar?

Si has contestado más de dos «Sí» a las preguntas anteriores, tal vez te interese conocer un dato: según las leyes de la probabilidad,

existe una oportunidad entre miles de millones de que a un afortunado le toque la lotería —y cada semana que lo reintenta vuelve a empezar con las mismas posibilidades que las veces anteriores: es decir, próximas a cero—.

Y, sin embargo, la estadística confirma que un 25% de las empresas de nueva creación que sobreviven al primer año comienza a prosperar (es decir, a hacer dinero *de verdad*) tras cuatro años de actividad.

No por azar.

Sino gracias a las decisiones *propias* de los emprendedores que las lanzaron.

¿Dónde habría entonces *millones de posibilidades más* para una persona de solventar *para siempre* sus necesidades de dinero?:

¿Tentando a la fortuna o construyendo una empresa?

¿Jugando a la lotería o trabajando por cuenta ajena?

¿Trabajando por cuenta ajena o construyendo una empresa?

— € € € € € —

¿Alguna vez te has planteado cómo sería tu vida si el dinero no fuera un problema?

¿Qué pasaría si realmente pudieras tener todo el dinero que quisieras para hacer realidad tus sueños?

— € € € € € —

Existe un seminario de creación de empresas en Estados Unidos que da la bienvenida a los asistentes exponiendo en una pantalla gigante la siguiente frase:

SI ALCANZAR TUS SUEÑOS FINANCIEROS
 CON LO QUE ESTÁS HACIENDO
 SE ESTÁ CONVIRTIENDO EN UN IMPOSIBLE,
 CAMBIA *LO QUE ESTÁS HACIENDO* —
 ¡PERO *NO* CAMBIES TUS SUEÑOS!

Lo más parecido a la insensatez es intentar encajar una y otra vez una colección de *soluciones inefectivas (pero conocidas)* a *problemas nuevos*, esperando que el resultado vaya a ser diferente.

O planteado de otro modo:

¿Has deseado alguna vez dejar de trabajar *para otro* para comenzar a *vivir* la vida que *tú* deseas para ti y los tuyos?

¿Has aspirado a tener *todo* aquello que consideras debes tener, y te resistes a escuchar a los que siempre te han dicho «*no puedes (dejar de trabajar, tener ese Jaguar, vestir de Dior, estar de vacaciones nueve meses al año, etc., etc.)?*»

¿Qué te está impidiendo hoy alcanzar ese sueño?

LO QUE ESTE LIBRO PUEDE HACER PARA TI

Hace un tiempo, asistiendo a una formación de Liderazgo mientras trabajaba en una consultoría de negocios, el profesional que la impartía nos llamó la atención con una frase que quisiera compartir aquí contigo.

Aquella frase era:

CUANDO EL ALUMNO ESTÁ PREPARADO, EL MAESTRO APARECE.

Si te has planteado dejar de ser un *espectador* de tu vida financiera mientras *otro* decide cuánto debes cobrar cada mes, y has decidido comenzar a ser el *autor* y *director* de la misma, tal vez sea la vocecilla de esa especie de *maestro interior* que tenemos dentro quien te esté intentando decir algo.

Si has leído hasta aquí, posiblemente estés dispuesto a *hacer* algo de *distinta* manera... para conseguir algo *diferente*.

Quizás conozcas lo duro que es *llegar a fin de mes*. Tal vez hayas experimentado esas largas horas de trabajo, esas prisas, ese estrés; esa sensación de *rebeldía* contra tu empresa o, acaso, contra la manera en que sientes que eres, de algún modo, parte (o presa) *de un sistema impuesto por otro*.

Tal vez no quieres ni imaginarte lo que implica cuarenta años de tu vida trabajando hasta tu edad de jubilación.

Quizá no quieres trabajar *más*, sino trabajar *mejor*, por *más* dinero.

Acaso sabes, de alguna manera, que deseas y *mereces* más prosperidad en tu vida, más abundancia.

Tal vez tienes la certeza de que quieres una vida que te permita dejar de *sobrevivir* para comenzar a *Vivir*.

Incluso te has planteado, por qué no, que quieres *dejar de trabajar para otro y empezar a ser dueño de tu destino financiero en la vida*: una vida para dedicarte a eso que realmente te motiva, te gusta.

Una vida en la que puedas compartir tu tiempo con los que tú quieres, cuando tú quieras.

Porque *el tiempo*, de repente, vuelve a pertenecerte.

— € € € € € —

Con este libro no he pretendido la osadía de poner en tus manos un *manual de instrucciones* sobre la relación que cada uno *debiéramos* tener con el dinero, ya que realmente creo que cada uno hemos nacido con nuestro propio *manual* —cuya responsabilidad y decisión de *escribir* son enteramente nuestras—.

Pero sí es mi propósito que las páginas del libro que tienes en tus manos te provoquen, te estimulen para que, de entre los millones de conexiones neuronales que se producen en tu cerebro a cada instante y que forjan tus ideas se genere una, se cree *tan solo una*, que te permita *escoger* realizar las acciones necesarias para que

Tu vida sea tan abundante y próspera como deseas.

Gracias por leerlas. Espero que encuentres en ellas aquello que se escribió *para ti*.

GREGORY CAJINA

INTRODUCCIÓN

DINERO

Admitámoslo. Esa única palabra, esa combinación de seis letras, es capaz de generar o alterar todas las sensaciones posibles en cada uno de nosotros: alegría, miedo, preocupación, nerviosismo, entusiasmo.

Trabajamos muchas horas por *dinero*. Compramos las cosas que queremos o necesitamos con *dinero*. Nos ilusionamos jugando a la lotería para tener mucho *dinero*. Nos agrada recibir la nómina cada mes y cobrar *dinero*. Odiamos que nos roben *dinero*. Nos fastidia tener que pagar impuestos con nuestro *dinero*. Nos encanta no tener que mirar los precios en los restaurantes caros porque tenemos *dinero*. Sentimos estrés porque tenemos demasiado poco *dinero*. O porque tenemos *demasiado* dinero.

Es posible que en tu casa se hablara en raras ocasiones sobre el dinero —o que, si se sacaba el tema, fuera un asunto *espinoso*—. Tal vez fuera de *mala educación* o de *mal gusto*, o, simplemente ni se mencionaba, como sucedía en la mía. Tal vez en el colegio nunca te enseñaran acerca del dinero: qué *es*, para qué sirve, cómo se genera, cómo se cuida, cómo hacerlo crecer, cómo no perderlo. Y, si has pasado por la Universidad o por una Escuela de Negocios (factorías de los archidemandados MBAs), es más que posible que ningún profesor te explicara qué hacer con el dinero que, salvo fortuna en ese viaje a Las Vegas, ganarías mes tras mes trabajando duro *para otro* durante ¿cuánto?: ¿30 años?, ¿40 tal vez?

El dinero tiene el poder de *cambiar el mundo* de cada uno de nosotros. ¿Por qué evitar el tema? ¿Por qué no hablar de ello? ¿Por qué produce tanta incomodidad discutir sobre dinero?

El dinero estuvo, está y estará en todos y cada uno de los ejes de nuestra vida.



Si tomáramos las noticias de *cualquier* sección de *cualquier* periódico de *cualquier* día y las leyéramos con unas *lentes especiales* que nos permitieran distinguir las implicaciones *dinerarias* de cada una, podríamos ver el impacto que tiene el dinero en cada título:

- *Sección Internacional*: en los acuerdos de cooperación, transacción comercial, conflictos, etc., alguien siempre se beneficia económicamente de los (des)acuerdos entre las partes (bancos, empresas de tecnología, importación y exportación, seguridad, defensa).
- *Nacional*: el presupuesto de un país suele convertirse cada año en una cruzada entre los diferentes estamentos políticos, quienes batallan por los fondos disponibles, siempre insuficientes, y por las causas a las que se debieran destinar.
- *Cultura*: al inaugurarse un auditorio o una obra de teatro, es común que exista detrás un promotor o un mecenas que ha financiado con dinero la idea, el talento o la obra de los artistas con el fin de generar un retorno a ese capital.
- *Deportes*: los clubes de fútbol se emplean a fondo con el talonario (una inversión) para captar a iconos que disparen las ventas de su *merchandising* y elevar así su rentabilidad.

Dependiendo de la cantidad de dinero de la que dispongamos, nuestro *periódico propio y personal* que plasma las noticias diarias de *nuestra vida financiera* recogería mejores o peores crónicas.

Mira a tu alrededor por un momento, donde quiera que estés: sentado en tu salón, en un parque, en el tren. Imagina que, de todo lo que te rodea, tuvieras que suprimir cosas por valor de diez mil euros. ¿Qué aspecto tendría entonces tu entorno? Tal vez habría que quitar tu televisión, tu sofá; el banco en el que te sientas, los árboles de la avenida.

¿Y si ahora añadieras más cosas por valor de un millón de euros? ¿En qué cambiaría ahora la apariencia de tu entorno? Probablemente

el salón estaría situado ahora dentro de tu mansión de verano y habrías sustituido el tren por un helicóptero privado. Tal vez los árboles del parque son ahora cocoteros en alguna isla del Pacífico donde descansas del quehacer de tus negocios.

Escenarios muy diferentes, ciertamente.

Aunque lo *único* que los separa es, bueno, sí:

El dinero.

— € € € € € —

Cada vez más personas aceptan y comienzan a estar cómodos con una realidad de este mundo que hemos creado:

El dinero *sí* puede traer la felicidad.

Puede que no *dé* la felicidad *absoluta*, comoquiera que la concibas, pero ciertamente quita *cualquier* preocupación que pueda solventarse con dinero.

Que no es poco.

Pongamos que un ser humano, a quien llamaremos señor Empleado, vive en nuestra sociedad de media 80 años. Nuestro amigo el señor Empleado trabajará desde los 25 años hasta los 65 (con permiso de las empresas y del sistema de pensiones) en horario de 9:00 a 19:00 horas, más una hora diaria de desplazamiento en cada sentido, cinco días a la semana.

Nuestro personaje trabajará *mucho* para su empresa, viajará para su empresa, entregará su esfuerzo para su empresa y dejará de estar con su familia y sus amigos a cambio de ganar dinero *de* (y *para*) su empresa.

Es decir, venderá su *tiempo* a cambio de *dinero*.

¿Cuánto tiempo?

Haciendo los cálculos, nuestro señor Empleado dedicará, aproximadamente, *trece años seguidos* de su vida a trabajar sin parar para *otro*, a trabajar *por dinero*; sin concesiones para comer o dormir; sin pausas para salir y descansar.

Y eso sin incluir el tiempo que dedicará a formarse para trabajar en la empresa *de otro*, endeudarse para estudiar el master que le permitirá trabajar *más* en la empresa *de otro*, mudarse y cambiar de ciudad por responder a las expectativas de la empresa *de otro*, etc.

Nuestro amigo estará trabajando *para otro* durante trece años. Trabaja y trabaja sin parar para otra persona a la que muy posible-

mente jamás conozca, dejando a un lado todas aquellas cosas que *realmente* quiere hacer con su vida.

Sacrificándolas a cambio de la *seguridad* de un empleo.

Esto es, precisamente, lo que hacen cada día millones y millones de personas: estamos dedicando más de un 15% de nuestra *única* vida (según los *no-reencarnacionistas*, al menos) a trabajar para otras empresas, corporaciones, empresarios, accionistas, inversores, socios a quienes posiblemente nunca conozcamos, pero a los que estamos dispuestos a *pagar* trece años de nuestro tiempo (cuyo límite desconocemos) a cambio de un salario que *casi siempre parecerá ser demasiado bajo*.

Si esa *inversión* de tiempo redundara en nosotros mismos, en nuestra prosperidad y la de las personas que apreciamos tal vez nos mereciera la pena.

Y sin embargo, nuestro esfuerzo se va a destinar a enriquecer a *otros*.



Imagina por un momento que pudieras *decidir* tener todo el dinero que fueras a *querer* durante *toda* tu vida para asegurar tu futuro, el de tus hijos, el de tus personas cercanas; o, por qué no, para emplear tu riqueza en *mejorar* el mundo.

Si pudieras disponer de todo ese dinero *inmediatamente*, ¿lo aceptarías?

Si es así, tal vez *no* sea dinero lo que quieras.

Quizás lo que realmente deseas es comprar algo que consideres puede comprarse: la *seguridad*.

Seguridad de saber que para todo lo que necesites o quieras que implique dinero, podrás sufragarlo: un tratamiento de salud costoso, la mejor educación, un hogar único, un viaje especial.

La seguridad de que nadie podrá despedirte de *un* empleo; entre otras cosas porque no necesitas trabajar si no quieres.

La seguridad de que, lamentablemente, más personas te respetarán porque, a fin de cuentas, tienes dinero.

Aunque, mejor pensado, lo que tal vez verdaderamente deseas es comprar algo aún más valioso que las *cosas* o el *respeto*.

Tal vez deseas recuperar de vuelta algo que sabes que te debe pertenecer.

Aquello que quizás, por mucho que lo intentes estirar, siempre parece ser insuficiente:

Tu tiempo.

— € € € € € —

Si te regalaran todo el dinero para el que hubieras necesitado trabajar hasta los 65 años, tal vez optaras por recuperar, re-comprar, *todos esos años de vuelta para ti.*

¡Imagínatelo! Hacerte dueño de nuevo de tus días y meses para dedicarlos a lo que quieres realmente hacer con tu tiempo: estar con los tuyos, viajar a Patagonia, comprar un Ferrari, jugar al tenis con las estrellas, seguir a tu cantante favorito en su *tour* mundial, trabajar en lo que más te gusta (incluso *gratis*), volver a la universidad para estudiar lo que te apasiona (a fin de cuentas, no estudiaste Arte en Florencia porque te dijeron que «*no tenía salida*»), pintar un paisaje en el Ártico, tomar el sol en el Caribe, escalar en la cordillera del Himalaya, bucear en Maldivas, pasear por los Andes,...

En una palabra:

Vivir.

Imagina, además, que pudieras *compartir* toda esa riqueza de tiempo que has conseguido re-comprar de vuelta, marcando *realmente* una diferencia al haber aportado tu ayuda en aquellas cosas para las que el mundo *necesita* a personas como tú y como yo: preservar la Amazonia, escolarizar a los niños de un pueblo montañoso en Centroamérica, crear becas de estudios universitarios para discapacitados, aportar fondos a la investigación de fármacos que erradiquen el VIH, restaurar la catedral de tu ciudad, canalizar agua potable en una aldea en África, crear vastas plantaciones de alimento que sacien el hambre de millones de personas, idear un vehículo que tan solo emplee energía solar... y además _____, _____, _____, _____, ...

¿Suena bien?

Lo cierto es que ninguno sabemos cuánta vida tenemos por delante, o cuánta hemos consumido ya.

Pero saber que podemos decidir en cada momento qué queremos hacer con la que nos resta es una libertad que, sí, puede traer algo parecido a la felicidad.

— € € € € € —

Salpicadas entre las páginas de este libro se hallan historias tanto de personas *célebres* como de otras que, aunque no hayan aparecido (aún) en los medios, tengo el honor de haber podido conocer de primera mano. Para algunos de ellos, por discreción, se han empleado nombres ficticios al describir las experiencias de sus protagonistas: personas *normales*, con vidas que podríamos describir como *normales*, pero con una *extraordinaria* inquietud común: alcanzar una prosperidad financiera que sus trabajos como empleados no les podían proporcionar.

Confío en que puedas hallar en sus historias, al menos, la misma inspiración o lección que yo encontré cuando las compartieron conmigo.

El libro está estructurado en cuatro partes diferenciadas. En la primera, se describe el *porqué y para qué* del sistema de trabajo en el que estamos inmersos, y la manera en que nos atrapa cuando todavía estamos disfrutando de la resaca del colegio o la universidad de donde salimos *tiernamente*. Un entorno educativo que nos prepara *muy insuficientemente* para crear prosperidad y que se replica a sí mismo año tras año, generación tras generación, limitando el talento natural emprendedor de millones de personas que, con las herramientas adecuadas de creación de riqueza, podrían aumentar formidablemente la calidad y nivel de vida de miles de familias.

En la segunda parte se delinearán las bases para entender qué entraña *ser rico* realmente, y para ayudar a determinar el grado de prosperidad que quieras alcanzar. Si no se define claramente el destino de nuestro viaje, es muy improbable que lleguemos allí. Y aclarar el destino canaliza una transición, una plataforma de acciones, que permite *fugarse* de un círculo que nos arrastra hacia mayor y mayor *no-riqueza*...

*Trabajo ▶ deuda ▶ estrés ▶
más trabajo ▶ más deudas ▶ más estrés;*

... para *ascender* a un ciclo de éxito:

Crear riqueza ▶ hacer crecer riqueza ▶ compartir riqueza.

En la tercera parte sentaremos los cimientos para aprender la manera de *hacer dinero* que va más allá de *la* que nos inculcan sutil

e inconscientemente en nuestro sistema educativo académico. Así nos centraremos gradualmente en dejar de trabajar *para ganar dinero* y comenzar a hacer que sea *el dinero el que madrugue para nosotros*.

Desarrollaremos herramientas para tomar decisiones que enfoquen el alcance de nuestros objetivos financieros en el marco de tiempo que establezcamos, reconociendo el *entorno* y actuando sobre él para generar un *verdadero éxito*.

Buscaremos crear, además, una *prosperidad compartida*, permeable, por la que podamos devolver a nuestro *universo* la riqueza que nos ha ayudado a generar; y construir así un círculo de abundancia con los demás que permita al máximo número de personas ganar también, de nuevo, el control sobre sus vidas.

La cuarta y última parte propone un plan de actuación, de los infinitos posibles, que puede comenzar a implantarse de inmediato para *provocar* una riqueza inicial en la que sustentar el crecimiento acelerado de *tus* recursos financieros: los instrumentos que te permitirán tener todo aquello que tú deseas en tu vida...

...y que te permitirá ayudar *a otros* a conseguir lo que *ellos quieren*.

Si así lo decides.

Parte I

Endeudado, estresado, mal pagado.

Y... con título universitario

(Pero... ¡¿cómo he llegado a esto?!)

1

CARRERA A NINGÚN SITIO

Lunes, 7:00 de la mañana. El familiar y estridente alarido del despertador, otra vez. Tras tantos años sigue sin distinguirlo de una alarma nuclear. Y siempre tan pronto... siente como si acabara de acostarse hacía cinco minutos. ¿No puede ser que se haya adelantado, por una vez?

Javier quiere arrancarle diez minutos más al reloj, aun sabiendo que le supondrá empezar mal la semana por el monumental atasco y la agobiante sensación de que va a llegar con retraso. Otra vez.

«*No importa, me quedaré esta tarde en el despacho si hace falta*».

Javier sabe que *siempre* hace falta.

Ducha rápida. Consulta al espejo para arreglarse. Esa cana nueva no estaba ayer. Mira el reloj. Ya está haciéndose *demasiado* tarde. Tiene hambre. Engulle el café, ya comerá algo a media mañana.

Coge el coche. Atasco mayúsculo. «*Algún día lo dejaré todo*», se promete en un murmullo. El conductor de al lado, igualmente desesperado, hojea el periódico en su anestesiada resignación, habla por el móvil y otea si hay algún coche-patrulla de Tráfico vigilando. «*¿Cómo podrá hacer tantas cosas a la vez?*» se pregunta Javier, aún añorando las sábanas.

Por fin, llega a la oficina. «*Menos mal que tengo parking*», se consuela. Se considera afortunado por este lujo. Llega a su mesa. Arranca el ordenador. Interminable lista de e-mails con el signo de *urgente* estampado. Primera llamada de teléfono. Segunda. Le llama su jefe al despacho. «*Es importante*», le urge. Siempre lo es. Javier

resuelve responder más tarde a los e-mails. Transcurre una hora y media de reunión sorpresa, sin orden ni agenda y, peor aún, sin conclusiones ni decisiones relevantes. Menos mal que era importante.

Media mañana. No ha desayunado, su estómago se lo recuerda. Baja a la cafetería de enfrente acompañado de su compañero de cubículo y se pasa media hora fuera hasta que regresa a su mesa.

Por fin, puede empezar a trabajar. De repente, tras lo que le parecen apenas unos minutos, llega la hora de comer. Si tiene la suerte de que no toque bocadillo hoy, Javier come en una hora larga. «*Demasiadas grasas*», medita. El espejo de esta mañana no engañaba con esa curva nueva en la cintura, cortesía y bonus de tantos bocadillos en estos años. «*Mañana me haré una ensalada*». Demasiados «*mañana*». Descarta el pensamiento. No hay tiempo.

Por fin de vuelta. A responder los e-mails. La *bandeja de entrada* no deja de crecer, las llamadas tampoco. Cuando quiere darse cuenta, son las 19:00 horas. Genial, nadie puede interrumpir su trabajo ahora. Menos mal, es momento de recuperar tiempo.

21:00 horas del mismo lunes. Hora de volver a casa. Cena rápida de microondas. Se sienta en el sofá frente a la televisión mientras come. Esta noche *echan* otro programa absurdo concebido para abotargar los maltratados cerebros de los telespectadores. Se acuesta. Antes de dormirse profundamente, repasa el día, dejando que los pensamientos vaguen por su mente...

Sabe que hoy ha hecho muchas cosas, pero pocas de las que tenía que haber conseguido.

Peor aún: hoy no ha *hecho ni conseguido nada para sí mismo*. Bueno, «*mañana me apuntaré al gimnasio*», masculla medio bostezando.

Mientras se adormece, su último recuerdo es una palabra, repetida como un mantra: «*mañana... mañana...*»

Día siguiente, martes, una magistral copia del lunes. Miércoles igual, más de lo mismo. Jueves, ya queda poco para el fin de semana. Viernes, ¡por fin! Javier decide llevarse el portátil a casa para recuperar trabajo y responder a esos e-mails atrasados que parecen reproducirse por esporas. Sábado. Domingo. Qué rápido pasan. En unas horas, lunes de nuevo.

A veces recordaba un sueño recurrente durante los últimos meses: su jefe aparecía cogiéndole de la corbata como si fuera la elegante y asfixiante correa extensible de un perro fiel, de esas que permiten al

animal mantenerse cerca del *amo* que le da de comer y que, aunque parecía darse de sí cada viernes, invariablemente recobraba su agobiante tensión el lunes de la semana siguiente. En agosto, menos mal, la correa se extendía hasta veintidós días. Desdeñaba el pensamiento. «*Necesito unas vacaciones*», se animaba. Tonterías.

Y así transcurrió enero. Y febrero. Marzo... Y un año. Dos años... Diez. Y la rutina terminó por asentarse. Javier prosperaba, ascendía en el escalafón corporativo. Era un buen trabajador. Los problemas a los que se enfrentaba se habían vuelto relativamente predecibles; sus soluciones, casi siempre, efectivas. Algunas veces le seguía espoleando la conciencia, picándole para que hiciera algo más con su vida en lugar de esperar día a día a día hasta cumplir los 65 años para comenzar a vivir de su pensión. Pero *él era más fuerte*. Y los gritos de su conciencia parecían ahogarse cada primer día de mes —cuando cobraba puntualmente su salario—.

Once años más pasaron, hasta que llegó esa tarde-noche de un otoñal viernes. Alguien llama a la puerta de su casa. «*¿Quién será?*». Mensajero. Carta urgente... «*¿Del trabajo? ¿Qué querrán ahora?*»

«... *Le comunicamos por la presente que... lamentablemente... a pesar de... hemos decidido prescindir de sus servicios...*»

Silencio.

Vuelve a leerla. Se sienta en el sofá. El corazón se le dispara. Su respiración se entrecorta. Incredulidad.

Otro silencio.

Un pensamiento:

«*Se acabó*».

«*No puede ser verdad*».

— € € € € € —

Sí podía, sí. La empresa en la que había trabajado tantos años, a la que había dedicado tantas largas tardes de su vida, por la que casi había sacrificado sus relaciones, su pareja y hasta su salud física había resuelto invitarle a recoger sus bártulos e irse por la misma puerta por donde había entrado hacía tantos años con un título bajo el brazo y la ilusión de contribuir al crecimiento de la compañía (que había cumplido consistentemente) y aprender lo máximo posible del negocio.

Ahora estaba absorbiendo su última lección, cortesía de su ahora ex-empresa: su *lealtad* era innecesaria, redundante.

Prescindible.

Vio las señales durante años («*están despidiendo a mis colegas, cada vez más jóvenes*»), y las ignoró. «*Yo soy un buen trabajador*». «*Yo estoy comprometido con esta empresa*», se aseguraba a sí mismo cada vez que sus ex-colegas iban desfilando por la puerta.

No contó con la compra de la sociedad matriz por parte de su feroz competidor y la posterior reestructuración (eufemismo para «despido masivo») que consideró su *lealtad* valiosa pero (en fin, accionistas mandan) sobrante.

Recuerdo a Javier los dos meses posteriores a su despido literalmente *paralizado*: resentido, dolido, bloqueado, inutilizado para reaccionar ante el cambio de situación que sobrevino sobre él. Su estado emocional de extrema tensión se dirigía a una búsqueda a la respuesta de *por qué yo, por qué a mí*. No salía de su asombro. Tantos años estudiando, la universidad, el master, los idiomas... Ahora, los sudores, la ansiedad, las taquicardias, los despertares en mitad de la noche.

Sentía como si, ahora que de repente contaba con tanto tiempo para él mismo, estuviera más *preso* del mismo que cuando estaba encerrado once horas diarias en la oficina.

Sin embargo, su tiempo para lamentarse se agotó cuando comenzó el mayor de sus problemas. Al hacer *por primera vez en su vida* su contabilidad doméstica, se percató de la inminente imposibilidad de hacer frente a su hipoteca y al resto de sus deudas: un coche, una moto, el préstamo del master, el viaje a Seychelles —«*vaya, con lo bien que lo había pasado*»—.

Y volvió con vehemencia a su cabeza la terrible pregunta que eludió formularse durante los pasados veinte años; una pregunta que hasta entonces le intimidaba, una pregunta lo suficientemente poderosa como para que solamente él pudiera responderla con franqueza:

Y AHORA, ¿QUÉ VOY A HACER?

... ¿QUÉ VOY A HACER...?

¿... CON MI VIDA?

Las dudas. Era descorazonador ver a Javier con la firme voluntad de seguir adelante pero con un absoluto *desconocimiento* de lo

que iba a hacer. O, peor, de lo que *debía* hacer. Tantos años sujeto a las directrices de otro (padres, maestros, profesores, supervisores, jefes, directores) que le indicaban por dónde debía ir, que ahora comenzaba a sentir una punzada de indefensión, como un niño pequeño perdido en la inmensidad de un laberinto y al que nadie le mostraba la senda que debía seguir.

Se sentía inseguro. Terrible y angustiosamente *inseguro*. Habitado a recibir instrucciones precisas que determinaban día tras día lo que debía conseguir, su *software cerebral* de *Toma de Decisiones* parecía haberse quedado obsoleto en la *versión 2.0* —cuando, aún siendo adolescente, decidió lo que quería ser *de mayor* en la certeza de que *ser mayor* era un hito señalado de la vida a partir del cual comenzaba la edad adulta, la vida *de verdad*—.

El tiempo pasaba y nadie le ofrecía un trabajo acorde a su preparación. Era demasiado mayor para un puesto en consonancia con su experiencia lo cual, en términos del lenguaje del departamento de Recursos Humanos es sinónimo de a) *caro* (su salario fue lo suficientemente convincente en la concesión de todos los préstamos del banco), y b) *incómodo* (con cierta edad y experiencia en las alforjas los trabajadores suelen tolerar *menos* disparates a un jefe que cuando cuentan veintidós años de edad y acaban de salir de la facultad).

Se planteó cambiar a algo diferente, algo nuevo. Pero chocó con un muro: los consultores de *outplacement*, los *expertos* en recolocación que le intentaban ayudar a encontrar otro trabajo, le aseguraron que el mercado laboral es tan inflexible que *los cambios de carrera son casi imposibles* —«*como si las aspiraciones de un joven profesional con 25 años no pudieran ser diferentes a las que se desean con 35 o con 45*», clamaba furioso Javier—.

Se sentía vacilante y desconcertado por su percepción de su propia impotencia para generar soluciones *nuevas* a problemas *nuevos* como el que se le había echado encima. Sentía la restricción que le imponía esa limitada *caja de herramientas* con las que se había estado equipando desde la universidad y la experiencia laboral adquirida hasta su despido. Hubiera jurado que sabía todo lo que tenía que saber para triunfar.

Al menos, en apariencia.

Cara a cara. El cambio se había producido, precisamente, en *las circunstancias* en las que él se desenvolvía. Su entorno le era ahora

extraño, impredecible, incierto. Era en este momento que comenzaba a ser consciente del enfoque que le guiaba, que le motivaba en su día a día profesional.

No era el proyecto de la empresa para la que trabajaba.

No era la colaboración con otros profesionales de excepcional (o no tanto) calibre.

No era ni siquiera la satisfacción que le producía el saberse reconocido por su alto grado de competencia en su desempeño.

Se empezó a dar cuenta de que lo que perseguía era algo parecido a la *seguridad*. La seguridad de que, independientemente de cómo lo hiciera en la organización, ésta le correspondería.

Y comenzó a ser sincero consigo mismo, por primera vez en mucho *mucho* tiempo.

Y, por fin, lo comprendió.

El principal motivo por el que había estado entregando tanto esfuerzo y compromiso durante años se compendia únicamente en cinco palabras:

COBRAR A FIN DE MES.

Cambio. Ahora, repentinamente, sus retribuciones habían cesado por lo que la repercusión sobre su *cuenta de ingresos y gastos* personal fue inmediata. Y fue entonces cuando comenzó a darse cuenta de que ante sí se presentaba exactamente el mismo *problema* que tenía cuando era estudiante, ese que todos nos planteamos antes o después en nuestra vida para poder *vivirla*:

¿CÓMO VOY A GANAR DINERO?

Javier se percató, como en una especie de *jajá!*, que mientras estudiaba en la facultad había *refraseado* involuntariamente ese *problema* según sus propias creencias y pensamientos, modificando así la *verdadera definición* del objetivo real (*ganar dinero*) para transformarla en una muy diferente.

Sin darse cuenta había introducido en la definición de ese problema *una* solución, *su* solución, *¡la solución!*, zanjando de un plumazo su problema sin apenas dedicarle más tiempo:

Trabajaría para otro.

Transformó así *inconscientemente* su dilema para hacerlo digerible por aquello que iba a ser *familiar* y *cómodo* a su mente:

Desde: ¿CÓMO GANAR DINERO?

a: ¿PARA QUIÉN VOY A TRABAJAR?

Ciertamente, *no* es lo mismo.

La primera pregunta *abre* multitud de posibilidades y hubiera pre-dispuesto a su mente a explorar *opciones* diferentes.

La segunda constituía una *decisión* en firme que descartaba toda acción *alternativa* de generar prosperidad que no fuera trabajando *por cuenta ajena*.

Para él, sin embargo, no hubo distinción... en aquel momento.

Lo tuvo claro. Decidió en la universidad que haría lo que mejor sabría hacer: trabajar para una empresa a cambio de una *prima* mensual por su tiempo y esfuerzo. «*Que corra otro el riesgo de montar una empresa. Total: yo no tengo tiempo para hacerlo ni las garantías de éxito. Además, ¿no he dedicado tantos años de estudio para este momento? ¡Es tiempo de ganar dinero, de comprarme todas esas cosas que antes no podía permitirme, de vivir mi vida! ¡Es momento de independizarse!*»

Es natural. A fin de cuentas, es un deseo que antes o después nos espolea a todos.

Al igual que a Javier.



A pesar de lo vital que es *saber hacer* dinero para satisfacer esa aspiración de independencia, se nos enseña con demasiada frecuencia en casa y en la escuela que existe un abanico de soluciones *muy limitado* para conseguirlo: «*trabajar (duro) para otro*», o, como mucho, «*trabajar (más duro) para uno mismo*».

Aprendemos así a encarrilar nuestra vida adulta sobre los raíles de un circuito cerrado del que aparentemente existe difícil salida:

Estudia *duro* una carrera «con salida» ▶ para sacar *buenas* notas
 ▶ para encontrar un trabajo seguro ▶ para tener un salario garantizado y ▶ para tener un contrato *indefinido* ▶ para vivir *bien* ▶ para pagar a tus hijos una *buen*a educación ▶ para que estudien *duro* una carrera «con salida» ▶ para que saquen *buenas* notas ▶ para que encuentren un trabajo con contrato *indefinido* ▶ etc., etc., etc.

Dinero. Independencia. Cada uno de nosotros buscamos, desde que somos jóvenes, un salto hacia la independencia y el asumir la responsabilidad sobre nuestra propia vida... para lo cual es determinante conseguir dinero.

El problema se presenta ante el elevado precio que en muchas ocasiones se paga por alcanzar esa meta.

Nuestro tiempo.

Desde los años en los que todavía nuestra personalidad se va perfilando somos sensibles, consciente e inconscientemente, a determinados factores *internos* (rasgos de personalidad, disposición al riesgo, motivaciones...) y *externos* (publicidad agresiva, productos cada vez más atractivos, la percepción de *éxito* cosechado por el vecino o el personaje de turno de la tele...) que pueden empujarnos, sin ni siquiera darnos tiempo a considerar otras opciones, a elegir la alternativa *aparentemente* más segura para conseguir dinero:

Trabajar *por cuenta ajena*.

Para ello, hacemos lo necesario para ser *apetecibles*: engrosar nuestro CV, mejorar el aspecto de nuestra carta de presentación, memorizar el último libro sobre «*Cómo pasar 1.001 Entrevistas de Trabajo*» o asistir a seminarios de búsqueda de empleo, entre otros.

Todo eso está muy bien. Es sensato y tiene sentido.

No obstante, el trabajo por cuenta ajena, en la realidad, tiene un lado menos grato, que contradice *a cada instante* las *creencias* más extendidas:

- *Creer* que un contrato indefinido es equivalente a tener seguridad y estabilidad.
- *Creer* que una empresa (aunque sea multinacional) ofrecerá un futuro profesional estimulante a largo plazo.
- *Creer* que un master permitirá ganar mucho dinero.
- *Creer* que un master dará trabajo.
- *Creer* que la educación académica basta para gestionar una empresa ajena.
- *Creer* que cuanto más arriba se llegue, menos se trabaja y más se gana.
- *Creer* que en *esta* empresa, por fin, podrá desarrollar al máximo sus capacidades el empleado.

- *Creer que lo normal* es trabajar doce horas al día por un salario menor de lo que el trabajador sabe que se merece.
- *Creer* que es normal tener un jefe al que reportar que está peor preparado que el *subordinado*.
- *Creer que lo normal es tener un jefe*.
- *Creer* que siempre se podrá trabajar por cuenta ajena hasta los 65 años.
- *Creer* que la pensión que quede con 65 años será suficiente para igualar el estilo de vida del trabajador en activo.
- *Creer* que las pensiones seguirán existiendo cuando alcancemos los 65 años.

Y, sin embargo, más allá de estas *creencias*, hay un peligro aún más dañino y más *sutil* de detectar en un trabajo por cuenta ajena. Un riesgo que se encuentra justo en lo que la empresa nos da a cambio de nuestro tiempo.

Una *droga* que nos anestesia durante unos veintinueve días cada mes.

De la que nunca tenemos suficiente.

Un *adictivo económico* poderosísimo:

LA NÓMINA.

Un eficaz estimulante. La nómina. Ese documento imprescindible para sufragar nuestra existencia. La empresa lo da, la empresa lo quita. La empresa tiene la potestad para subirla, para controlarla, para administrar el número y composición de cifras que deberá tener.

La adicción a la nómina es tan potente que se da a *todos* los niveles de la organización: desde el administrativo hasta el director general, desde el operario hasta el jefe de contabilidad. De hecho, cuantos más dígitos muestre (particularmente *ceros a la derecha*), más adictiva se torna.

Todos ellos sin excepción, administrativos, contables, vendedores, directores, son los empleados de un complejo engranaje organizativo en el que cada pieza de la maquinaria recibe su dosis mensual de *lubricante financiero* a cambio de contribuir a fabricar un servicio o un producto cuyos beneficios redundarán en el bolsillo de empresarios, inversores o accionistas en muchos casos anónimos o ni siquiera indirectamente relacionados con los empleados.

El proceso de *enganche* es tan sencillo y rutinario que lo aceptamos como parte normal de nuestras vidas: salimos de las facultades para buscar un trabajo (o *encontrar una nómina*, dicho de otro modo) que nos permita comenzar a adquirir aquellas cosas que no pudimos comprar hasta entonces e *independizarnos*. Unos años más tarde, tal vez encontremos una pareja con la que unir nuestros ahorros, sudorosamente conseguidos, para adquirir una vivienda... y más. Llegan las hipotecas, los coches, los niños... y mientras, con cierta dosis de fortuna y muchas horas de esfuerzo, vamos promocionando o cambiando de trabajo hasta que creemos que *esa nómina* es lo suficientemente elevada como para *vivir bien*.

O para comenzar a creer que por fin, tras años de esfuerzo, *hemos llegado a ser alguien*.

Sin embargo, esa apreciación siempre parece durar poco.

Existen numerosos estudios que coinciden en desvelar el límite *temporal* de la satisfacción que nos produce un incremento de salario (retribución fija) o de compensaciones en retribución variable (el *bonus*).

Ese límite se encuentra a los *seis meses*.

De lo que se deduce que:

- El efecto del dinero sobre la motivación y satisfacción de un empleado en una empresa propiedad *de otros* es *muy* limitado.
- Hacer depender *lo que piense el empleado de sí mismo* (por ejemplo, su autoestima o su valía profesional) en relación al nivel de su nómina no parece ser una buena idea —al menos durante seis meses cada año—.
- A partir del sexto mes más le vale tener al empleado un buen estímulo para levantarse cada mañana hasta la siguiente subida —cuando quiera que vaya a producirse—.

Esto es, claro, asumiendo que el incremento periódico de ese salario permita *compensar* el aumento anual del coste de vida (incluyendo las facturas del gas, electricidad, gasolina, etc.) que, en la realidad, está triplicando y cuadruplicando el porcentaje de esos incrementos.

Y aún hay más. En nuestra innata inquietud, grabada durante eones en nuestros genes, los humanos tendemos a buscar constante-

mente los modos de *mejorar* nuestras condiciones de vida y las de las personas que nos son cercanas.

Por tanto, es normal que estemos (casi) siempre *insatisfechos* con lo que cobramos.

Si consideramos, además, que una empresa no suele pagar a los empleados más de lo que, porcentualmente, son capaces de producir (de lo contrario, la empresa no subsistiría) entonces la nómina, en definitiva, *nunca será lo suficientemente prominente* para atender a los objetivos en la vida de esos empleados.

La realidad de nuestros mercados *complica* adicionalmente el panorama. Por ejemplo la vivienda, un bien de primera necesidad, se ha convertido en un artículo prácticamente de lujo al que *un* asalariado con una nómina media no puede acceder con facilidad. Así que las parejas deben considerar no solo unirse *hasta que la muerte los separe*, sino que tendrán que analizar cuidadosamente la fusión de sus patrimonios con el mismo detalle que llevaría a cabo un banco de inversiones si quieren comprar un piso, y además tener hijos a los que alimentar y educar decentemente (según la definición de cada uno de *decente*), uno o dos coches para transportarlos a todos y llevar una vida relativamente acomodada.

Para conseguir todo eso, más les valdrá tener una saneada *hoja de balance familiar* (la diferencia entre lo que *tienen* y lo que *deben*).

El problema es que, además, esa hoja de balance refleja los resultados netos de una *cuenta de ingresos y gastos* con un muy elevado riesgo: muchas veces, como *entrada de dinero* aparece la nómina como fuente principal —si no *única*—. Es decir, que si se pierde esa fuente de ingresos por la causa que fuere (despido, enfermedad, etc.), el peligro de no poder *aguantar* los gastos (hipotecas, intereses del banco, facturas, tarjetas de crédito) se dispararía.

Y sin embargo, ignorando ese riesgo (*una* sola fuente de entrada de dinero y *muchos* agujeros de salida), solemos entrar en un ciclo de *endeudamiento* (esas hipotecas, préstamos, tarjetas y líneas de crédito...) que puede acabar quitándole horas de sueño a más de uno.

O cosas peores.

Entre otras consecuencias, la principal razón del elevado número de divorcios en nuestra sociedad se encuentra en los problemas financieros de la pareja. Los mismos que causan en primer lugar las dolencias físicas y emocionales asociadas al estrés.

De ese modo, sin apenas darnos cuenta, vamos atrapándonos más y más en la *esclavitud* a esa nómina hasta el punto de que una mañana, sin darnos cuenta, podemos llegar a despertarnos, simple y llanamente, para *trabajar para ella*.

Y para poder pagar todas las facturas, más y más facturas, mes tras mes tras mes tras mes...

Hasta que cumplamos los ¿65 años?

De repente hay que trabajar más, mucho más. El tiempo libre cae, el orden de prioridades se tambalea. El estrés sube. Hay que *portarse bien* (ser muy buen empleado) para que las facturas se sigan pagando.

— € € € € € —

En todo ese tiempo, la empresa facilitará el que *nuestra* adicción sea más virulenta: en un ejercicio de control sobre sus empleados, la organización elaborará concienzudas políticas de empresa que limitarán *de facto* al empleado su capacidad de *generar* ingresos por vías alternativas (por ejemplo montando una empresa o ejerciendo como *freelance*), lo que le otorgaría una *experiencia profesional* adicional que, ante la inseguridad laboral que existe y *va a existir siempre*, es vital que adquiera cada uno.

La organización garantiza de este modo el sometimiento absoluto de sus empleados a un sistema alrededor del cual se valorará periódica y oportunamente al empleado a través de las subyugantes *evaluaciones del desempeño*.

En términos de Recursos Humanos, el eufemismo que se empleará para cuantificar esta dependencia y su recompensa se denominará «*Compromiso con la Empresa*».

— € € € € € —

Las palancas de control y manipulación ejercidas por las empresas sobre sus empleados son cada vez más frecuentes y sofisticadas. Un ejemplo de *dominación* particularmente *elaborado* se daba en una corporación de bienes industriales que abonaba salarios *cuasiastronómicos* a sus altos directivos cuyos estilos de vida auditaba sutilmente: el máximo dirigente animaba a su equipo a *acatar* determinados códigos de vestimenta con selectos sastres, a adquirir costosos vehículos

privados (incluyendo pequeños yates), a instalarse en los mejores barrios y a matricular a sus hijos en los más exclusivos colegios. De esa manera, mantenía a sus directivos enganchados a un tren de vida ciertamente seductor gracias a sus emolumentos.

Y endeudados. Hasta arriba.

Por muy *injusto* que nos parezca cualquier sistema de control excesivo sobre la autonomía de los empleados, lo cierto es que tendemos a asumirlo como *así es la vida* y a replicarlo, generación tras generación, tal como hicieran nuestros padres y entregándoles sin apenas modificación el mismo destino a nuestros hijos.

La arruga no es bella. La situación se recrudece en el mercado laboral actual. Existe una propensión en los departamentos de Recursos Humanos, en ocasiones incluso *explícita*, a contratar a profesionales cada vez más jóvenes, mejor cualificados (al menos en términos académicos, idiomas y habilidades informáticas) para ocupar puestos de responsabilidad con salarios que pueden rayar lo irrisorio.

Al margen de las demoledoras consecuencias que está causando en nuestras empresas el encabezar equipos humanos con jóvenes con poca o ninguna experiencia en el *arte* de la dirección de personas, este escenario implica un peligro para la supervivencia financiera de las familias de los empleados que alcancen una edad *crítica* (de quince a veinte años de experiencia) y quienes son particularmente susceptibles de ser *desvinculados* (vulgo, despedidos).

En el mejor de los casos, aquellos que hayan alcanzado lo más alto en el escalafón corporativo podrán hacer depender su subsistencia de sus respectivas indemnizaciones millonarias.

No obstante, en la más común de las veces, el individuo se ve repentinamente privado de su *única fuente de ingresos* a la muy pronta edad de 40-50 años, tras haber sido formado y *adoctrinado* toda su vida para trabajar para otro, mientras ve tambalear la estructura de costes de su unidad familiar (casas, coches, préstamos, letras...).

Ciertamente, los humanos tenemos una capacidad excepcional de adaptación al entorno, si ponemos nuestra mente y cuerpo en ello. Ahora bien, ese esfuerzo es sustancialmente mayor cuando por las nuevas circunstancias hay que adaptarse a un estilo de vida peor o de menor *salud* financiera.

Por tanto, si hay que *apretarse el cinturón* (fin de las vacaciones, de la ropa de marca, de adquirir lo último en *home cinemas...*) se requerirá de toda la voluntad de la persona que, ahora sí, *debe* encontrar otras maneras de generar dinero...

A la fuerza.

La visión pobre. Hasta aquí podría parecer natural pensar que la razón principal por la que las personas desean cambiar de trabajo es para poder *engancharse* a una nómina más elevada.

En esta certeza se posicionan muchos departamentos de Recursos Humanos, expertos en encontrar argumentos convincentes para *comprar mucho por poco dinero*, particularmente si el candidato está *motivado* (es decir, *necesita* ese dinero).

La realidad demuestra que, además, existe otra motivación principal de cambio de empresa. Los estudios indican que una de las razones principales por las que los empleados se marchan de sus puestos actuales es por *incompatibilidad con el jefe*.

Es decir: incompatibilidad con los *objetivos* que el jefe quiere lograr, o con el *modo* de perseguirlos.

Es natural. Los propietarios y accionistas de las empresas se esfuerzan en *motivar* (abonar altos honorarios) a su máximo equipo directivo para que les garantice el alcance de las metas de la organización:

Alto beneficio = altos ingresos + bajos costes

Por tanto todas, *absolutamente todas* las decisiones de las empresas con ánimo de lucro, tendrían este cometido.

¿A quién contratará entonces a su vez ese Comité Directivo? Simple: seleccionará, para el segundo nivel de dirección, a mandos intermedios que aseguren que se alcanzarán los objetivos financieros que el propio Comité debe lograr.

¿Y qué harán los mandos intermedios a su vez? Contratar a técnicos que les garanticen, también, los *mismos* objetivos financieros que deben conseguir sus superiores.

Indirectamente, el objetivo es que el alto beneficio redunde en el valor de la empresa como inversión y/o su cotización en Bolsa.

Ni más, ni menos.

En estos términos se dicta aún hoy en las aulas de muchas facultades de Administración de Empresas y en numerosas Escuelas de Negocios:

«*El objetivo último de la empresa es maximizar el valor del accionista*».

No maximizar la satisfacción del cliente.

No la satisfacción del empleado (el recurso humano).

No el bienestar de la sociedad.

No el cuidado del medio ambiente.

Aquí quien manda es el accionista.

— € € € € € —

Pero...

¿Nos está yendo *realmente* bien así?

¿Acaso no hay otra manera de enfocar nuestra manera de hacer negocios?

Día de la ¿independencia? Si al final lo que parece mover en muchos casos a los empleados a cambiar de trabajo es una nómina o una incompatibilidad con su jefe, el siguiente paso natural sería *encontrar la empresa* donde, ¡al menos!, uno pueda desarrollarse y llegar a ser lo máximo que puede ser.

Tiene sentido, ¿no?

Yo creo que no. No, porque no existen dos personas que sean idénticas, con maneras de actuar y objetivos a alcanzar que se solapen perfectamente: no es común encontrar que los intereses del empleado sean idénticos, y de manera permanente, a los del empresario para quien va a trabajar.

No obstante, muchos candidatos a un puesto de trabajo aseguran en sus entrevistas de trabajo que desean contribuir a la empresa, enriquecerla, expandirla. Para lo cual asumen e integran la *cultura* de la empresa a la que se adscriben.

Una *comunidad* de intereses que se desgasta con el transcurso de los meses y años:

Tras ir acumulando experiencias positivas, y otras no tanto; tras encontrar disconformidades en el fondo y/o la forma en los que se desenvuelven determinados aspectos de la empresa, se tiende a adoptar dos posiciones con el tiempo: una más *pasiva* en la que las decisiones y actuaciones de la corporación se acatan y defienden como propias *ad infinitum*; y otra más *resistente* por la que el individuo tiende a rebelarse contra la sensación de alienación que le produce proteger o disculpar *ad nauseam* (ante colegas, clientes, proveedores) principios o actuaciones que no comparte de su empresa —o que aceptaba al principio de su incorporación a la misma, pero que una vez sobrepasada la *pasión romántica inicial* encuentra menos tolerables—.

Los primeros aguardarán pacientemente, y con un poquito de suerte, a que llegue la edad de jubilación.

Los segundos, muy posiblemente, serán despedidos.

O declararán su independencia.

Dejar el nido. Meterse en un gallinero. ¿Qué se está pidiendo a sí mismo una persona que ha estudiado y trabajado duro durante años para emanciparse de la autoridad paterna y se compromete ahora a acatar la autoridad de otra persona (su jefe) hasta los 65 años?

Esa persona está *de facto* vendiendo, además de *su* tiempo, *su* adscripción y lealtad a los valores de su jefe (que son a su vez los del suyo, etc., etc.).

Es decir, los valores de otro.

De otro.

El conflicto se origina cuando, gradualmente, a lo largo de los años, se hace más sensible a su necesidad de *libertad* (merced a los rígidos horarios, el control sobre su tiempo, las decisiones tomadas por otros superiores que afectan a su vida laboral y personal, el desacuerdo con ciertas actuaciones...)

Es entonces cuando el empleado menos *dócil* puede acabar por desarrollar un *resentimiento* hacia su superior que, desdichadamente, no le llevará a muchos sitios.

Ese resentimiento emerge como consecuencia de una disparidad entre lo que el empleado *cre*e que su jefe *debería ser* y lo que su jefe *es* en realidad.

Cuanto más se autoafirma el empleado en el convencimiento de que su jefe *debería ser* de determinada manera, más severo es el desencuentro, y por tanto mayor el resentimiento.

¿Cuántas veces hemos oído aquello de que el jefe *debería* comunicar mejor, *debería* pagarme más, *debería* escuchar más o *debería* saber más de aquello de lo que habla?

El tiempo puede transcurrir en esa especie de *limbo-del-resentimiento*, durante el que la sensación será la de no avanzar hacia ningún sitio, la de chocar contra un muro infranqueable.

Pero cuando llega el día en el que ese trabajador decide que *ya tiene suficiente* resentimiento (que no le sirve de nada), y que no va a haber modo de cambiar a su jefe, entonces comienza a considerar escoger la *mejor* solución a su dilema:

¡Cambiar de empresa!

Y el ciclo vuelve a comenzar.

Hay otros empleados que llegan a la misma conclusión («*esto no puede seguir así*») pero que, no obstante, adoptan elecciones mucho más *autolimitantes* —incluso aunque en muchas ocasiones no les convenzan en su fuero interno—:

- Quedarse en un puesto concreto que no le satisface porque «*estaría mal visto el irme*» por parte de sus compañeros, amistades, pareja, etc. (*Si el trabajo minusvalora nuestras capacidades y descapitaliza nuestra experiencia, ¿realmente nos debiera importar tanto la opinión de otro?*); o
- Resistirse a cambiar de empresa, prácticamente aceptando su situación y anestesiando cualquier impulso de *revolución* que permanezca latente en su *conciencia*, gracias a toda una serie de *perfectos* motivos para no-hacer-nada («*es arriesgado*», «*el mercado está muy mal*», «*estoy habituado ya a esto*»).

Lo cierto es que es indiferente el número de empresas en las que se trabaje, *nunca* se recalará en una organización que comulgue con *nuestros* (y no al revés) valores, principios, objetivos; precisamente porque la esencia misma de la organización reside en trasladar *en cascada hacia abajo*, desde el Presidente hasta el becario, los valores, principios y objetivos *de otro* (el accionista o el socio capitalista).

Sin embargo, cada ser humano es diferente, con su propio sistema de valores y principios... y tiende de manera natural a expresar esa individualidad.

En el mejor de los casos, el empleado podrá adquirir una experiencia temporal (meses, años) en una organización que sea compatible con sus aspiraciones *únicamente* mientras dure ese periodo ya que, efectivamente, las necesidades y motivaciones de un joven profesional no coincidirán con las que tendrá tras diez, quince, veinte años de experiencia.



Demasiado tiempo que no sabemos si tenemos para *desaprovechar*.

Por tanto, la *única manera* de garantizar realmente que estamos en *una organización* que comulga con *nuestros* valores y principios, el único modo de asegurar que prosperaremos siendo consecuentes *cada día* con *nuestras* creencias y motivaciones; y el único camino para alcanzar la riqueza y libertad que queremos para nosotros de manera ilimitada es si

Somos nosotros los que creamos esa organización.